

Prólogo

Boston, febrero de 1816

Los ojos violeta de Emma Dunster se agrandaron por la sorpresa y la consternación.

—¿Me mandas lejos?

—No exageres —contestó su padre—. No te mando lejos. Sólo vas a pasar un año en Londres con tus primos.

Emma lo miró boquiabierta.

—¿Por qué?

Sintiéndose inquieto e incómodo, John Dunster cambió de posición en su sillón.

—Sólo creo que deberías ver algo más del mundo, nada más.

—Pero si he estado en Londres. Dos veces.

Él se aclaró la garganta varias veces y apoyó la espalda en el respaldo.

—Sí, bueno, ahora eres un poco mayor.

—Pero...

—No veo por qué esto te cuesta tanto. Henry y Caroline te quieren como si fueras su hija, y tú misma me has dicho que Belle y Ned te gustan más que tus amigas y amigos de Boston.

—Pero han estado de visita aquí dos meses. No es que no los haya visto últimamente.

John se cruzó de brazos.

—Te vas a embarcar con ellos mañana, y no se hable más. Ve a Londres, Emma. Diviértete un poco.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Es que quieres casarme?

—¡Noo!, claro que no. Simplemente pienso que te hará bien un cambio de ambiente.

—No estoy de acuerdo. Hay mil motivos para no marcharme de Boston en estos momentos.

—¿Sí?

—Sí. Está la casa, por ejemplo. ¿Quién la va a llevar mientras yo esté ausente?

John le sonrió indulgente.

—Emma, vivimos en una casa de sólo doce habitaciones. Eso no exige mucha atención. Y no me cabe duda de que la señora Mullins es muy capaz de encargarse de todo lo que sea necesario.

—¿Y mis amigas y amigos? Los voy a echar terriblemente de menos. Y Stephen Ramsay se va a sentir muy decepcionado. Creo que está a punto de proponerme matrimonio.

—¡Por el amor de Dios, Emma! No te importa un rábano el joven Ramsay. No deberías alentar las esperanzas de ese pobre chico sólo porque no deseas ir a Londres.

—Yo creía que querías que nos casáramos. Su padre es tu mejor amigo.

John exhaló un suspiro.

—Puede que cuando tenías diez años yo albergara ideas sobre un futuro matrimonio entre los dos. Pero incluso entonces era evidente que jamás haríais buena pareja. Lo volverías loco en menos de una semana.

—Es conmovedora tu preocupación por tu única hija —masculó Emma.

—Y él a ti te aburriría de muerte —terminó John afablemente—. Sólo deseo que Stephen se dé cuenta de lo infructuoso que es su galanteo. Tanta más razón para que te marches de la ciudad. Si estás a un océano de distancia, finalmente podría buscarse otra novia.

—Pero yo prefiero Boston, de verdad.

—Te encanta Inglaterra —contraatacó John, en tono ya rayano a la exasperación—. No parabas de hablar de lo mucho que te gustó la última vez que estuviste ahí.

Emma tragó saliva y se cogió el labio inferior entre los dientes, nerviosa.

—¿Y la empresa? —preguntó en voz más baja.

John exhaló un suspiro y se acomodó en el sillón. Por fin salía a colación el verdadero motivo de que su hija no quisiera marcharse de Boston.

—Emma, Dunster Shipping va a seguir aquí cuando vuelvas.

—¡Pero aún me falta mucho por aprender! ¿Cómo voy a asumir la dirección finalmente si no aprendo todo lo que pueda ahora?

—Emma, tú y yo sabemos que, fuera de ti, no hay nadie en el mundo a quien yo prefiera dejarle la empresa. Construí Dunster Shipping de la nada, y Dios sabe que deseo pasársela a alguien de mi propia sangre. Pero tenemos que afrontar la realidad. La mayoría de nuestros clientes se resistirán a hacer negocios con una mujer, y los trabajadores no desearán aceptar órdenes de ti. Aun cuando tu apellido sea Dunster.

Eso era cierto. Emma cerró los ojos casi a punto de echarse a llorar por la injusticia.

—Sé que no hay ninguna persona más apta que tú para dirigir Dunster Shipping —continuó su padre amablemente—. Pero eso no significa que alguien vaya a estar de acuerdo conmigo. Por mucho que me fastidie y me duela, tengo que aceptar la realidad de que la empresa se irá a pique contigo al timón. Perderíamos todos nuestros contratos.

—Solamente debido a mi sexo —dijo ella, mohína.

—Eso me temo.

—Voy a dirigir esta empresa algún día —dijo ella, con los ojos violeta brillantes y mortalmente serios.

—Buen Dios, hija. No renuncias, ¿eh?

Emma se cogió el labio inferior entre los dientes y se mantuvo en sus trece.

John volvió a suspirar.

—¿Te he hablado de esa vez que tuviste la gripe?

Emma negó con la cabeza, confundida por el repentino cambio de tema.

—Fue justo después que esa misma enfermedad se llevara a tu madre. Tenías cuatro años, creo. Eras muy pequeñita. —La miró con los ojos brillantes de cariño—. Eras muy pequeña de niña y sigues siendo pequeña de adulta, pero cuando eras una niña... uy, eras tan pequeñita que pensé que no tendrías la fuerza necesaria para combatir la enfermedad.

Emma se sentó, tremendamente conmovida por las palabras de su padre embargadas por la emoción.

—Pero te recuperaste —continuó él—. Y entonces comprendí qué fue lo que te salvó. Eras tan obstinada que no podías morirte.

Emma no pudo reprimir una leve sonrisa.

—Y yo era tan obstinado que no podía dejarte morir —añadió él. Enderezó los hombros, como para dejar de lado el sentimentalismo—. En realidad, yo podría ser la única persona de este mundo más obstinado que tú, hija, así que bien podrías aceptar tu destino.

A Emma se le escapó un gemido. Era el momento de encararlo: no había manera de evitar ir a Inglaterra. Desde luego, un viaje al extranjero no se podía considerar un castigo. Adoraba a sus primos. Belle y Ned eran la hermana y el hermano que nunca había tenido. De todos modos, es necesario pensar en las cosas serias, y ella no quería descuidar su autoimpuesto compromiso con Dunster Shipping. Miró nuevamente a su padre; estaba sentado tras su escritorio, de brazos cruzados y en actitud implacable. Suspirando, se resignó a un retraso temporal.

—Ah, muy bien, entonces —dijo, levantándose y caminando hacia la puerta para salir a hacer el equipaje, claro, puesto que se marcharía al día siguiente en uno de los barcos de su padre—. Pero volveré.

—Eso sin duda. Ah, por cierto, ¿Emma?

Ella se volvió a mirarlo.

—No olvides divertirme un poco mientras estás ahí, ¿de acuerdo?

Ella lo obsequió con su sonrisa más traviesa.

—De verdad, papá, no creerás que me voy a privar de pasarlo bien en Londres sólo porque no quería ir, ¿verdad?

—No, claro, qué tonto soy.

Ella cogió el pomo de la puerta y la entreabrió.

—Una chica sólo tiene una temporada en Londres en su vida, supongo. Bien podría disfrutarla, aunque no sea del tipo que goza haciendo vida social.

—¡Ah, maravilloso! —exclamó la hermana de John, Caroline, condesa de Worth, entrando en el despacho.

—¿Nadie te ha dicho que es de mala educación escuchar detrás de las puertas? —le preguntó John, mansamente.

—Qué tontería. Iba pasando por el corredor y oí hablar a Emma. Había dejado la puerta entreabierta, ¿sabes? —Se giró a mirar a Emma—. Bueno, ahora que tenemos esto arreglado, ¿qué es eso que he oído de que hoy le diste un puñetazo en la nariz a un ladrón?

—Ah, eso —dijo Emma, ruborizándose.

—¿Ah qué? —preguntó John.

—Vi a un hombre intentando robarle la cartera a Ned. Ned estaba peleándose con Belle por algo, como siempre, y no se fijó que le iban a robar.

—Y entonces, ¿le diste un puñetazo? ¿No podrías haber gritado?

—Vamos, papá, por el amor de Dios. ¿Qué habría conseguido con gritar?

—Bueno, ¿y le diste un buen puñetazo por lo menos?

Emma se mordió el labio inferior, cohibida.

—Creo que le rompí la nariz.

Caroline emitió un gemido.

—Emma, ¿sabes que me hace mucha ilusión tenerte conmigo en Londres?

—Lo sé.

Caroline era lo más cercano a una madre que había tenido. Siempre intentaba convencerla de pasar más tiempo en Londres.

—Y sabes que te quiero muchísimo y no desearía que cambiaras en nada.

—Sí —contestó Emma, vacilante.

—Entonces espero que no te ofendas si te digo que en Londres las damitas decentes no van por ahí dando puñetazos en la nariz a personas indeseables.

—Ah, tía Caroline, las damitas decentes tampoco hacen ese tipo de cosas en Boston.

John se echó a reír.

—¿Y recuperaste la cartera de Ned por casualidad?

Emma intentó dirigirle una mirada altiva, pero no pudo evitar que se le curvaran las comisuras de los labios.

—Por supuesto.

John sonrió de oreja a oreja.

—Esta es mi chica.

Capítulo 1

Londres, abril de 1816

Arabella Blydon se detuvo a mirarse la ropa con expresión escéptica. Ella y Emma habían pedido prestado los vestidos a sus doncellas, causándoles consternación, y en ese momento iban bajando sigilosas la escalera de atrás de la casa de Belle en Londres.

—Sabes, supongo, que tendremos que pasar por un maldito infierno si mi madre nos pilla.

—Y más infierno habrá que pasar si te pilla diciendo palabrotas —comentó Emma, sarcástica.

—No me importa. Si tengo que supervisar un solo arreglo floral más para tu fiesta, me voy a poner a chillar.

—No creo que chillar sea conveniente cuando tenemos que bajar sigilosas esta escalera.

—Chss, calla —masculló Belle, en tono cortante, bajando de puntillas otro peldaño.

Bajando detrás de su prima, Emma contempló el entorno. La escalera de atrás era muy diferente de la que usaban normalmente para bajar al vestíbulo principal, que era ancha, hacía una elegante curva y estaba cubierta por una hermosa y mullida alfombra persa. En esta los lustrosos peldaños de madera eran estrechos, encerrados entre paredes encaladas y sin adornos. La discreta sencillez de la escalera le recordaba su casa de Boston, que no estaba decorada con el opu-

lento estilo londinense. La mansión Blydon, situada en la elegante Grosvenor Square, pertenecía a la familia desde hacía más de un siglo, y abundaban en ella las reliquias familiares como también retratos extraordinariamente malos de los antepasados Blydon. Mirando las desnudas paredes exhaló un suave suspiro, tratando de disipar la añoranza de su padre.

—Me cuesta creer que ande con este sigilo por mi casa como un ladrón para evitar a mi madre —gruñó Belle cuando llegaron al pie del primer tramo y dieron la vuelta para continuar bajando—. Francamente, preferiría estar en mi habitación con un buen libro, pero seguro que allí me encontraría y me obligaría a repasar el menú otra vez.

—Destino peor que la muerte —musitó Emma.

Belle la miró fijamente.

—Has de saber que he repasado ese maldito menú con ella incontables veces. Si vuelve a arrinconarme con preguntas sobre la mousse de salmón o el pato asado a la naranja, creo de verdad que no seré responsable de mis actos.

—¿Pensando en matricidio?

Belle la miró sarcástica, pero no contestó y siguió bajando con el mayor sigilo.

—Ten cuidado con este peldaño, Emma —susurró, pegándose a la pared—. Cruje en el centro.

Emma se apresuró a seguir el consejo.

—Colijo que bajas con frecuencia por esta escalera.

—Antes. Es muy útil saber andar por esta casa sin que nadie se entere de lo que estás tramando. Claro que normalmente no voy vestida como mi doncella.

—Bueno, no nos serviría de nada llevar vestidos de seda si vamos a ayudar a la cocinera a preparar la comida para esta noche.

Belle pareció dudosa.

—La verdad, no creo que nos vaya a agradecer la ayuda. Es muy tradicional, y no considera decente que la familia ande por las dependencias de abajo. —Diciendo eso, abrió la puerta de la cocina—. ¡Hola a todas! ¡Hemos venido a ayudar!

Todas las mujeres las miraron absolutamente horrorizadas.

Al instante Emma intentó remediar la situación.

—Les vendrían bien dos pares de manos extras, ¿verdad? —dijo, mirando a la cocinera, con una ancha sonrisa.

La cocinera emitió un chillido, levantando las manos y lanzando nubes de harina por el aire.

—¿Qué hacen aquí abajo, si se puede saber?

Una de las pinches de cocina dejó de amasar un momento y se aventuró a preguntar:

—Perdón, miladies, pero ¿por qué van vestidas así?

—Creo que ninguna de las dos debería estar en mi cocina —continuó la mujer colocando las manos en sus formidables caderas—. Van a estorbar. —Al ver que ninguna de las dos damitas hacía el menor ademán de marcharse, apretó los dientes y comenzó a agitar una cuchara de palo en dirección a ellas—. Por si no lo han notado, tenemos muchísimo trabajo extra aquí. Ahora, fuera de aquí, antes que llame a la condesa.

Belle se estremeció ante la alusión a su madre.

—Por favor, Cook,* permítanos quedarnos. —Sabía muy bien que la cocinera tenía nombre, pero hacía tanto tiempo que todos la llamaban Cook que nadie lo recordaba—. Le prometemos que no vamos a estorbar. Le seremos de enorme ayuda, seguro. Y estaremos calladas, también.

—No es correcto tenerlas aquí. ¿No tienen nada mejor que hacer que jugar a pinches de cocina?

—Pues no, la verdad —contestó Belle, sinceramente.

Emma sonrió para sus adentros; estaba totalmente de acuerdo con su prima. No habían parado de hacer diabluras desde que llegaron, hacía tres semanas. Y no es que hubieran querido meterse en dificultades. El problema era que en Londres había muy poco que hacer. En su casa ella siempre estaba ocupada trabajando para Dunster Shipping, pero en Londres, llevar libros de cuentas no se consideraba un pasatiempo apropiado para mujeres. Por lo visto las damitas

* Cook: Cocinera. (*N. de la T.*)

inglesas correctas no tenían ningún deber aparte de ir a las pruebas de la modista y aprender a bailar.

Se sentía increíblemente aburrida.

No se sentía desgraciada, eso sí. Por mucho que echara de menos a su padre, le gustaba bastante formar parte de una familia más numerosa. El problema era que no se sentía útil. Belle y ella habían hecho de todo para entretenerse. Sonrió, sintiéndose culpable. Lógicamente, no se les pasó por la cabeza que el gato que recogieron podría estar lleno de pulgas. De ninguna manera podrían haber adivinado que tendrían que desalojar toda la planta baja de la mansión para que la desinsectaran. Y tampoco fue intención de ella enseñarle la ropa interior a todo el personal de la casa cuando se subió a un árbol a rescatar a ese mismo gato.

En realidad, sus parientes tendrían que haberle dado las gracias. Durante la semana que dedicaron a limpiar la casa de pulgas, toda la familia dejó Londres para pasar unas maravillosas vacaciones en el campo, cabalgando, pescando y quedándose hasta tarde por la noche jugando a las cartas. Ella les enseñó a sus primos a jugar al póquer, juego que le enseñó una vecina de Boston a la que sobornó.

La tía Caroline movió tristemente la cabeza y suspiró diciendo que era una mala influencia. Antes que llegara, para ellos Belle sólo era una marisabidilla; ahora era una marisabidilla y una marimacho.

«Buen Dios —contestó ella—. Eso es mejor que ser sólo una marimacho.»

Pero sabía que podía hacer bromas a Caroline. El amor de su tía por ella era evidente tanto en las palabras cariñosas como en sus regañinas, y normalmente actuaban más como madre e hija que como tía y sobrina. Por eso su tía estaba tan entusiasmada con su presentación en la sociedad de Londres; aunque sabía que ella volvería a Boston a estar con su padre, tenía la secreta esperanza de que se enamorara de un inglés y se estableciera en Londres. Entonces tal vez su padre, que se crió y vivió en Inglaterra hasta que se casó con una norteamericana, volvería a Londres para estar cerca de su hermana y de su hija.

Y así fue como Caroline organizó un grandioso baile para presentarla en la alta sociedad. El baile sería esa noche, y por eso Belle y

ella habían ido a refugiarse a la cocina, para evitar quedar atrapadas en los preparativos de último momento para la fiesta. Pero Cook no quería aceptar nada de eso y seguía repitiéndoles que sólo serían un estorbo.

—Por favor, ¿no podríamos ayudar en algo aquí? —dijo suspirando—. Arriba el panorama es horroroso. Nadie habla de otra cosa que de la fiesta de esta noche.

—Bueno, pues descubrirá que eso es también de lo único que hablamos aquí abajo, señorita —contestó Cook, agitando la mano—. Su tía va a tener a cuatrocientos invitados esta noche, y tenemos que cocinar para todos ellos.

—Justamente por eso necesita nuestra ayuda. ¿Qué quiere que hagamos primero?

—Lo que quiero es que se vayan de la cocina antes que su mamá las encuentre aquí —exclamó la cocinera; esas dos ya habían ido a meterse en su cocina antes, pero era la primera vez que tenían la audacia de vestirse con ropa de criadas para ofrecer su ayuda—. No veo las horas de que comience la temporada para que estas dos diablillas tengan algo que hacer.

—Bueno, comienza esta noche —dijo Belle—, con el baile que ofrece mi madre para presentar a Emma en sociedad. Así que podría tener la suerte de que tengamos tantos pretendientes que no nos quede tiempo para molestarla.

—Quiera Dios —masculló Cook.

—Vamos, Cook —terció Emma—, tenga piedad de nosotras. Si no nos deja ayudarla aquí tía Caroline nos pondrá a arreglar flores otra vez.

—Por favor —suplicó Belle, en tono meloso—. Sabe cuánto le gusta darnos órdenes.

—Ah, muy bien —gruñó Cook. En realidad, Belle y Emma animaban al personal de la cocina con sus travesuras; y también le levantaban el ánimo a ella; pero no quería que ellas supieran eso—. Supongo que estas dos diablillas me van a molestar toda la mañana hasta que ceda. Esto va en contra de lo que me dice mi juicio, eso sí. Tendrían que estar preparándose arriba y no bailando por mi cocina.

—Pero adora nuestra encantadora compañía, ¿verdad que sí, Cook? —dijo Belle, sonriendo de oreja a oreja.

—Encantadora compañía ¡y un cuerno! —masculló Cook, sacando un saco de azúcar de una despensa—. ¿Ven esos dos boles para mezclar? Quiero seis tazas de harina en cada uno. Y dos tazas de azúcar. Esto lo han de hacer con cuidado y sin estorbar a nadie.

—¿Dónde está la harina? —preguntó Emma, mirando alrededor. Suspirando, Cook echó a andar de vuelta a la despensa.

—Un momento. Si tiene tantas ganas de hacer mi trabajo, levante esos sacos grandes.

Riendo, Emma llevó sin ninguna dificultad el saco de harina al lugar donde Belle estaba midiendo el azúcar.

Belle también se rió.

—Por suerte escapamos de mi madre. Seguro que querría que comenzáramos a vestirnos ya, y faltan más de ocho horas para que empiece el baile.

Emma asintió. Con toda sinceridad, le entusiasmaba bastante su primer baile en Londres. Estaba impaciente por dar buen uso a todas esas sesiones de pruebas de vestidos y clases de baile. Pero la tía Caroline no era más que una perfeccionista y estaba dando órdenes como un general del ejército. Después de semanas de pruebas de vestidos, arreglos de flores y elección de música, ni ella ni Belle querían estar cerca del salón de baile mientras la tía Caroline iba de aquí allá preparándolo todo. La cocina era el último lugar donde se le ocurriría buscarlas.

Mientras medían tazas, Belle la miró, con los ojos azules muy serios.

—¿Estás nerviosa?

—¿Por esta noche?

Belle asintió.

—Un poco. Los ingleses sois algo amedrentadores, ¿sabes?, con todas vuestras reglas y etiqueta.

Belle sonrió compasiva y se quitó un mechón de pelo rubio de los ojos.

—Lo harás muy bien. Tienes seguridad en ti misma. Según mi ex-

periciencia, si actúas dando a entender que sabes lo que haces, la gente te cree.

—Qué sabia —dijo Emma, afectuosa—. Lees demasiado.

—Lo sé. Será mi muerte. —Puso los ojos en blanco, fingiendo horror—. Nunca encontraré un marido si vivo con la nariz metida en un libro.

—¿Eso te ha dicho tu madre?

—Sí, pero lo dice con buena intención. Jamás me obligaría a casarme, simplemente por casarme. El año pasado me permitió rechazar la proposición del conde de Stockton, que estaba considerado el mejor partido de la temporada.

—¿Qué tenía de malo?

—Le preocupaba mucho que a mí me gustara leer.

Emma sonrió, añadiendo otra taza de harina al bol.

—Me dijo que leer no es bueno para el cerebro femenino —continuó Belle—. Que eso les da «ideas» a las mujeres.

—No permita Dios que tengamos ideas.

—Lo sé, lo sé. Pero me dijo que no me preocupara, porque estaba seguro de que lograría quitarme ese hábito una vez que nos casáramos.

Emma la miró de reojo.

—Deberías haberle preguntado si te creía capaz de quitarle su pomposa actitud.

—Deseé hacerlo, pero no se lo pregunté.

—Yo se lo habría preguntado.

—Lo sé. —La miró sonriendo—. Tienes talento para decir lo que piensas.

—¿Eso es un cumplido?

Belle lo pensó antes de contestar.

—Creo que sí. Las pelirrojas no están de moda en estos momentos, pero pronostico que tú, con tu escandalosa boca, vas a tener tanto éxito que el próximo mes me informarán, Aquellos que Informan, que el pelo rojo es claramente lo último, lo último de la moda; ¿y eso no es una suerte para mi pobre prima que tiene la desgracia de ser norteamericana?

—Lo dudo bastante, pero es muy amable de tu parte decir eso.

Emma tenía muy claro que no era tan hermosa como Belle, pero estaba satisfecha con su apariencia. Ya hacía tiempo que había decidido que si no podía ser una beldad, por lo menos sería insólita. Una vez Ned la llamó camaleón, comentando que su pelo parecía cambiar de color con cada movimiento de su cabeza; un rayito de luz lo hacía parecer llamas. Y sus ojos, normalmente violeta claro, se oscurecían hasta un peligroso tono negro cuando estaba enfadada.

Añadió una última taza de harina al bol y se limpió las manos en el delantal.

—¡Cook! ¿Qué hacemos ahora? Ya hemos terminado de poner todas las medidas de harina y azúcar.

—Huevos. Quiero tres en cada bol. Y nada de cáscaras, ¿me oyen? Si encuentro un trocito de cáscara en mis pasteles, los dejaré en la cocina y serviré las cabezas de ustedes dos.

—Caramba, Cook está fiero esta mañana —dijo Belle riendo.

—¡La he oído, señorita! No se crea que no. No aceptaré nada de eso. Ahora bien, si van a seguir en mi cocina, ¡a trabajar!

—¿Dónde puso los huevos, Cook? —preguntó Emma, hurgando en la caja donde se guardaban los alimentos perecederos—. No veo ninguno por ninguna parte.

—Bueno, tiene que mirar más, entonces. Ya sabía yo que ninguna de las dos tiene sentido culinario. —Pisando fuerte fue hasta la caja y la abrió, pero su búsqueda resultó tan infructuosa como la de Emma—. Bueno, estamos bien apañadas. Nos hemos quedado sin huevos. —Frunció más el ceño y rugió—: ¿Quién fue la tonta que olvidó traer huevos del mercado?

Nadie levantó una mano, lo que no era de extrañar.

Cook paseó la mirada por la cocina y finalmente sus ojos se posaron en una criada joven que estaba inclinada sobre un montón de bayas.

—Mary, ¿ya has terminado de lavarlas?

Mary se secó las manos en el delantal.

—No, señora. Todavía me quedan pintas y pintas. Nunca había visto tantas bayas.

—¿Susie?

Susie tenía los brazos metidos hasta los codos en agua jabonosa, fregando platos a toda prisa.

Emma se dio una vuelta completa mirando. Había por lo menos doce mujeres en la cocina y todas se veían ocupadísimas.

—Bueno, esto sí que es bueno —gruñó Cook—. Cuatrocientas bocas y no tengo huevos. Y no hay nadie libre para ir a comprar.

—Iré yo —se ofreció Emma.

Belle y Cook la miraron con expresiones que combinaban sorpresa y horror.

—¿Está loca? —dijo Cook.

—Emma, eso sencillamente no se hace —intervino Belle, en el mismo momento.

Emma puso los ojos en blanco.

—No, no estoy loca, ¿y por qué no puedo ir a la tienda? Soy muy capaz de ir a buscar huevos. Además, me iría bien respirar un poco de aire fresco. He estado encerrada en la casa toda la mañana.

—Pero alguien podría verte —protestó Belle—. ¡Y estás cubierta de harina, por el amor de Dios!

—Belle, aún no he conocido a nadie. ¿Cómo podrían reconocerme?

—Pero no puedes andar por ahí con el vestido de tu doncella.

—Justamente este vestido es lo que me permite salir —explicó Emma, con suma paciencia—. Si llevara uno de mis vestidos de mañana, a todo el mundo le extrañaría que una dama anduviera por la calle sin acompañante, y de camino al mercado a comprar huevos, nada menos. Nadie me mirará dos veces si voy vestida como una criada. Aunque, lógicamente, tú no puedes acompañarme. Te reconocerían en un segundo.

—Mi madre me mataría —suspiró Belle.

—¿Lo ves? Si Cook las necesita a todas en la cocina, yo soy la única solución.

Sonrió. Ya olía la victoria.

Pero Belle no estaba convencida.

—No sé, Emma. Esto es muy irregular, que salgas sola.

Emma exhaló un suspiro de exasperación.

—Mira, me recogeré el pelo bien tirante tal como hacen nuestras

doncellas. —Rápidamente se recogió el pelo en un moño—. Y me echo otro poco de harina en la falda. Y tal vez un poquito en la cara.

—Basta con eso —terció Cook—. No hay ninguna necesidad de desperdiciar nada de mi buena harina.

—¿Y bien, Belle? ¿Qué te parece?

—No lo sé. A mi madre no le va a gustar nada esto.

Emma acercó la cara a la de Belle.

—No se va a enterar, ¿verdad?

—Ah, muy bien —concedió Belle. Se giró a mirar a las criadas y movió un dedo—. Ni una sola palabra de esto a mi madre. ¿Entendido?

—Esto no me gusta nada —dijo Cook—. Nada, nada.

—Bueno, no tenemos otra alternativa, ¿no? —dijo Emma—, si quiere preparar pasteles para el baile. Ahora podría poner a Belle a exprimir esos limones, y le prometo que estaré de vuelta antes que se dé cuenta de que he salido.

Diciendo eso, Emma cogió unas monedas de las manos de la cocinera y se apresuró a salir por la puerta.

Cuando llegó a la calle inspiró profundamente el fresco aire primaveral. ¡Libertad! Qué agradable escapar de vez en cuando de los límites de la casa de sus primos. Vestida como una criada, podía caminar sin que nadie se fijara en ella. Después de esa noche ya no podría salir de la mansión Blydon sola, sin carabina.

Cuando por fin llegó a la esquina de la calle del mercado viró y continuó caminando más lentamente por la acera, deteniéndose a mirar todos los escaparates. Tal como había supuesto, ni las damas ni los caballeros que pasaban por su lado miraban una segunda vez a una criada pelirroja y bajita cubierta de harina.

Canturreando alegremente en voz baja, entró en el concurrido mercado y compró varias docenas de huevos. El paquete era incómodo de llevar, pero tuvo buen cuidado de no hacer ningún mal gesto. Una pinche de cocina estaría acostumbrada a llevar esas cargas, y no quería estropear su disfraz. Además, era bastante fuerte, y la casa estaba a sólo cinco manzanas.

—Muchísimas gracias, señor —le dijo sonriendo al tendero, inclinando la cabeza.

Él le correspondió la sonrisa.

—¿Es nueva por aquí? Habla como si fuera de las Colonias.

Emma agrandó los ojos ante la sorpresa. No había esperado que el tendero le preguntara nada.

—Ah, pues, sí. Me crié ahí, pero llevo muchos años viviendo en Londres —mintió.

—Siempre he deseado ver América —dijo él, pensativo.

Emma gimió para sus adentros. El tendero parecía deseoso de entablar una larga conversación, y ella tenía que volver a casa antes que Belle comenzara a preocuparse.

Echó a andar hacia la puerta, sin dejar de sonreír.

—Vuelva por aquí alguna vez, señorita —gritó él—. ¿Para quién dijo que trabajaba?

Pero Emma ya había salido a toda prisa, simulando que no había oído la pregunta. Cuando llevaba la mitad del camino, ya iba muy animada, silbando alegremente, segurísima de que había representado la farsa sin ninguna dificultad. Caminaba poco a poco, deseosa de prolongar la aventurita. Además, disfrutaba mirando el ir y venir de los londinenses en sus asuntos diarios. Con su disfraz de criada nadie le prestaba atención, por lo que podía mirar con toda desvergüenza, desviando al instante la vista si alguien la miraba.

Alargó el cuello para observar a un adorable niño de unos cinco o seis años que bajó de un elegante coche tirado por un par de bayos iguales. El niño llevaba en los brazos un pequeño cachorro de cocker spaniel, y le rascaba las orejas. El cachorro, blanco y negro, le correspondió el afecto lamiéndole la cara, y el niño se echó a reír alegremente. Su risa indujo a su madre a asomar la cabeza por la puerta del coche. Era una hermosa mujer de pelo negro y ojos verdes, que brillaban de cariño por su hijo.

—Espérame sin moverte de ahí, Charlie —le dijo—. Yo bajaré enseguida.

Entonces la mujer se giró hacia el interior del coche, al parecer a hablar con alguien. El niño de pelo moreno puso los ojos en blanco y pasó su peso de un pie al otro, esperando.

—Mamá, date prisa —suplicó.

Emma sonrió al percibir la impaciencia que revelaba la voz del niño. Por lo que le decía su padre, ella había sido exactamente igual de pequeña.

En ese momento apareció un gato de color melado que bajó de la acera para atravesar la calzada. De repente, el cachorro emitió un fuerte ladrido, saltó de los brazos de Charlie y partió en persecución del gato.

—¡Wellington! —gritó el niño y echó a correr detrás del perro.

Entonces Emma ahogó una exclamación de horror, pues vio que un coche de alquiler venía lanzado por la calle, y que el cochero estaba tan absorto en la conversación con el hombre que iba a su lado que no prestaba la menor atención a la calzada; ese niño quedaría aplastado bajo los cascos de los caballos.

Lanzó un grito y sin pararse a pensar, dejó caer los huevos y corrió detrás del niño; cuando ya estaba a menos de una yarda de él, se lanzó de cabeza, rogando que el impulso le permitiera cogerlo para arrojarlo con él hacia un lado antes que los caballos y el coche los arrollaran a los dos.

Charlie lanzó un grito, sin entender por qué una desconocida le saltaba encima arrojándolo al suelo junto con ella.

Justo antes de caer al suelo, Emma oyó más gritos.

Y después todo fue absoluta oscuridad.